



Licenciatura en Español

Literatura Española II
Juan Miguel Rosa

**El Modernismo y la Generación
del 98**

Clase 07



GOVERNO DO BRASIL

Presidente da República
DILMA VANA ROUSSEFF

Ministro da Educação
ALOIZIO MERCADANTE

Diretor de Ensino a Distância da CAPES
JOÃO CARLOS TEATINI

Reitor do IFRN
BELCHIOR DE OLIVEIRA ROCHA

Diretor do Câmpus EaD/IFRN
ERIVALDO CABRAL

Diretora Acadêmica do Câmpus EaD/IFRN
ANA LÚCIA SARMENTO HENRIQUE

Coordenadora Geral da UAB /IFRN
ILANE FERREIRA CAVALCANTE

Coordenador Adjunto da UAB/IFRN
JÁSSIO PEREIRA

Coordenadora do Curso a Distância
de Licenciatura em Letras-Espanhol
CARLA AGUIAR FALCÃO

LITERATURA ESPANHOLA II
CLASE 15

La literatura española en la democracia

Professor Pesquisador/conteudista
JUAN MIGUEL ROSA

Diretor da Produção de
Material Didático
ARTEMILSON LIMA

Coordenadora da Produção de
Material Didático
ROSEMARY BORGES

Revisão Linguística
LUCAS PALMIERI

Coordenação de Design Gráfico
LEONARDO DOS SANTOS FEITOZA

Diagramação
LUANNA CANUTO DA ROCHA

R788l Rosa, Juan Miguel.
Literatura española II / Juan Miguel Rosa. – Natal : IFRN, 2014.
15 v. : il. color.

ISBN 978-85-8333-024-0

1. Língua espanhola – Estudo e ensino. 2. Literatura espanhola –
Estudo e ensino. 3. Teatro espanhol – Estudo e ensino. I. Título.

CDU 811.134.2

Ficha elaborada pela Seção de Processamento Técnico da Biblioteca
Sebastião Fernandes do Campus Natal Central do IFRN.

Presentación y objetivos

Con la clase que aquí se inicia, primera de la unidad tres, nuestro estudio de la literatura española entra en el siglo XX. En España, esa centuria estuvo trágicamente dividida por la Guerra Civil que se produjo entre 1936 y 1939 y que dio paso a la dictadura franquista. Las seis clases que componen la unidad tres nos acercarán a los principales hitos de las letras españolas desde comienzos de siglo hasta el estallido de la contienda. Posteriormente, las cuatro clases de la última unidad del curso completarán nuestro recorrido por la literatura española analizando la evolución de la narrativa, el teatro y la poesía durante la dictadura y tras la recuperación de la democracia.

La presente lección tendrá como asuntos centrales el Modernismo y la Generación del 98. Como veremos, el movimiento modernista tuvo su origen en Hispanoamérica y fue introducido en la península ibérica por el nicaragüense Rubén Darío. Mientras esto ocurría, en España coincidían en el tiempo una serie de autores preocupados con la situación del país, que vio derrumbarse lo que quedaba de su imperio colonial con la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, en lo que dio en llamarse *el desastre del 98*. Estos autores, entre los que destacan grandes figuras de las letras españolas como Miguel de Unamuno y Pío Baroja, han pasado a la historiografía como la Generación del 98, aunque esa agrupación, como podremos ver, no estuvo exenta de polémica.

Iniciamos, así, una clase en la que tendremos como objetivos conocer:

- El contexto histórico de España en el paso del siglo XIX al XX.
- La Generación del 98 y los principales rasgos comunes entre los autores que formaron parte de ella.
- Las características fundamentales del movimiento modernista liderado por Rubén Darío.



Para empezar

El tema central de la Generación del 98 fue, sin lugar a dudas, España. Para autores como Unamuno, Baroja, "Azorín" o Maeztu, España fue al mismo tiempo objeto de amor patriótico y fuente de tristeza, por el pesimismo con que observaban la realidad española y el futuro del país. Los autores del 98 centraron especialmente sus miradas en Castilla, a la que consideraban síntesis y esencia de la españolidad. El texto con el que iniciamos esta lección pertenece a la obra *En torno al casticismo* (1895) de Miguel de Unamuno, escritor y filósofo del que con frecuencia se recuerda su frase "me duele España" para sintetizar lo que significó la nación española para la Generación del 98: amor y dolor a partes iguales.

La histórica Castilla

¡Ancha es Castilla! Y ¡qué hermosa la tristeza reposada de ese mar petrificado y lleno de cielo! Es un paisaje uniforme y monótono en sus contrastes de luz y sombra, en sus tintas disociadas y pobres en matices. Las tierras se presentan como en inmensa plancha de mosaico de pobrísima variedad, sobre el que se extiende el azul intensísimo del cielo. Faltan suaves transiciones, ni hay otra continuidad armónica que la de la llanura inmensa y el azul compacto que la cubre e ilumina.

No despierta este paisaje sentimientos voluptuosos de alegría de vivir, ni sugiere sensaciones de comodidad y holgura concupiscibles: no es un campo verde y graso en que dan ganas de revolcarse, ni hay repliegues de tierra que llamen como un nido.

No evoca su contemplación al animal que duerme en nosotros todos, y que medio despierto de su modorra se regodea en el dejo de satisfacciones de apetitos amasados con su carne desde los albores de su vida, a la presencia de frondosos campos de vegetación opulenta. No es una naturaleza que recree al espíritu.

Nos desase más bien del pobre suelo, envolviéndonos en el cielo puro, desnudo y uniforme. No hay aquí comunión con la naturaleza, ni nos absorbe ésta en sus espléndidas exuberancias; es, si cabe decirlo, más que panteístico, un paisaje monoteístico este campo infinito en que, sin perderse, se achica el hombre, y en que siente en medio de la sequía de los campos sequedades del alma. (...)

Siempre que contemplo la llanura castellana recuerdo dos cuadros. Es el uno un campo escueto, seco y caliente, bajo un cielo intenso, en que llena largo espacio inmensa muchedumbre de moros arrodillados, con las espingardas en el suelo, hundidas las cabezas entre las manos apoyadas en tierra, y al frente de ellos, de pie, un caudillo tostado, con los brazos tensos al azul infinito y la vista perdida en él como diciendo:

«¡Sólo Dios es Dios!». En el otro cuadro se presentan en el inmenso páramo muerto, a la luz derretida del crepúsculo, un cardo quebrando la imponente monotonía en el

primer término, y en lontananza las siluetas de Don Quijote y Sancho sobre el cielo agonizante.

«Sólo Dios es Dios, la vida es sueño y que el sol no se ponga en mis dominios», se recuerda contemplando estas llanuras. (UNAMUNO, 1895, s/p)

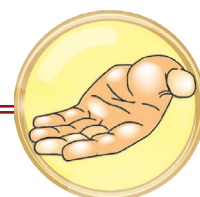
Fuente: https://portal.uah.es/portal/page/portal/universidad_mayores/apuntes/programa_universidad_mayores/literatura_contemporanea/Textos%20Universidad%20de%20Mayores.%20Literatura%203%BA%20I.%20Generaci.pdf

Como habrás podido observar, Castilla despierta en el autor sentimientos encontrados: es hermosa y triste, es imponente y árida, es pobre y pura. Y es también esencia del cristianismo. Complementando a esa descripción de las tierras castellanas, citaremos también el célebre pasaje de la novela *Niebla* (1914) en el que Unamuno, apareciendo en ella como personaje, manifiesta su inequívoca españolidad de raíz cristiana:

¡Pues sí, soy español, español de nacimiento, de educación, de cuerpo, de espíritu, de lengua y hasta de profesión y oficio; español sobre todo y ante todo, y el españolismo es mi religión, y el cielo en que quiero creer es una España celestial y eterna y mi Dios un Dios español, el de Nuestro Señor Don Quijote, un Dios que piensa en español y en español dijo: ¡sea la luz!, y su verbo fue verbo español... (UNAMUNO, 1914, s/p)

Fuente: <http://www.vicentellop.com/TEXTOS/unamuno/niebla.pdf>

Así es



España en los albores del siglo XX

Contexto histórico

Para España, el cambio de siglo estuvo marcado por la pérdida de sus colonias en **Cuba**, **Filipinas** y **Puerto Rico**. La revuelta cubana por la independencia comenzó en 1895, pero fue con la entrada en escena de una potencia colonial emergente, los **Estados Unidos de América**, cuando se consumó lo que pasaría a la historiografía española como “**el desastre del 98**”. El Gobierno de Estados Unidos ya había demostrado su interés en las posesiones españolas en las Antillas, con ofertas de compra sistemáticamente rechazadas por los diferentes gobiernos españoles. Las tensiones entre ambas potencias fueron en aumento hasta que entraron en guerra tras el hundimiento del acorazado *Maine*, que explotó mientras estaba anclado en el puerto de La Habana cobrándose la vida de más de 250 tripulantes. Estados Unidos acusó a España de haber hundido el barco en una acción de sabotaje, acusación siempre rechazada por las autoridades españolas, que atribuyeron la explosión a un accidente. Incluso llegó a circular la

versión de que los propios estadounidenses hundieron el acorazado con el objetivo de crear un pretexto para declarar la guerra a España. Sean cuales fueran las causas del hundimiento – hasta hoy no totalmente aclaradas –, lo cierto es que el incidente desató el conflicto bélico entre ambos países, resuelto en pocos meses a favor de los estadounidenses.

Aunque España conservaría aún el control de otros territorios americanos hasta la segunda década del siglo XX, y sus colonias africanas hasta 1975, la pérdida de Cuba se consideró, por su importancia estratégica y principalmente comercial, como el punto y final del Imperio español. El desastre colonial se produjo, además, en un momento en el que España, vigente aún el **sistema político de la Restauración** – caciquismo, elecciones manipuladas y alternancia pactada en el Gobierno entre conservadores y liberales – se caracterizaba por el inmovilismo y la concentración del poder en las élites monárquicas, el ejército y la Iglesia. En ese contexto, la pérdida de las colonias fue un duro golpe moral, pero no produjo ninguna transformación significativa. En palabras de Casanova y Gil,



De la noche a la mañana, como si la nación hubiera despertado bruscamente de un sueño secular, se pasó del triunfalismo infundado y vocinglero al desengaño, el desencanto, la protesta y la exigencia de responsabilidades. El Gobierno suspendió las garantías constitucionales ante los rumores de un levantamiento carlista, de un pronunciamiento republicano o incluso de un golpe de Estado militar. Pero no pasó nada. Los liberales continuaron sin problemas en el Gobierno hasta que, en febrero de 1899, cedieron el *turno* a un gabinete conservador. (CASANOVA; GIL, 2012, p. 22)

Fig. 01

Bajo el reinado de Alfonso XIII, el sistema de la Restauración continuaría garantizando el statu quo, incluyendo un **periodo dictatorial** entre 1923 y 1930 – a raíz de un golpe de Estado del general **Primo de Rivera** que contó con el beneplácito del monarca –, hasta la proclamación de la 2ª República en 1931. Sin embargo, el desarrollo económico y social de España a principios de siglo no podía compararse al de sus vecinos europeos: como señalan Casanova y Gil (2012), la esperanza de vida en la España de 1900 no llegaba a los 35 años (muy por debajo de la media europea); la mortalidad infantil era elevadísima (de cada mil niños nacidos, 186 morían antes de cumplir un año); en el campo había hambre y en la ciudad faltaban medidas sanitarias e higiénicas básicas, propiciando que enfermedades como la disentería, el tifus o la tuberculosis adquiriesen proporciones endémicas; el analfabetismo era aún del 56% y la urbanización del país era muy incipiente, con un 80% de la población viviendo en poblaciones de menos de 10.000 habitantes y la agricultura ocupando a dos de cada tres trabajadores. La España que en 1898 despertó bruscamente de su largo sueño imperial era, en el contexto europeo, un país muy atrasado.

Los hombres del 98 y el concepto de generación literaria

Ese contexto de atraso y decadencia marcó el pensamiento y la obra de un grupo de

escritores que pasaría a la historia como la **Generación del 98**. Esa denominación fue propuesta inicialmente por uno de sus miembros más ilustres, José Augusto Trinidad Martínez, "**Azorín**", en una serie de artículos publicados en 1913, pero fue cuestionada por integrantes también destacados del grupo como los vascos **Pío Baroja** y **Ramiro de Maeztu**. Para Baroja, no había características comunes suficientes que justificaran hablar de una generación:

Una generación que no tiene puntos de vista comunes, ni aspiraciones iguales, ni solidaridad espiritual, ni siquiera el nexo de la cosa, no es una generación. [...] Yo creo que hay en todo ello un deseo de reunir, de dar aire de grupo a lo que naturalmente no lo tiene, como si se quisiera facilitar las clasificaciones y divisiones de un manual de literatura. (BAROJA, apud RODRÍGUEZ CACHO, 2009, p. 220)

Maeztu, por su parte, dudaba que el desastre colonial del 98 hubiese tenido gran impacto sobre los autores de la generación:

Para hablar de la generación del 98 sería necesario empezar por demostrar que los sucesos transcendentales de aquel año ejercieron sobre los hombres incluidos en la aludida generación alguna influencia decisiva. ¿Quiere decir alguien dónde está la influencia de la pérdida de las colonias sobre los señores Baroja, Valle-Inclán y Azorín? Sobre mí la tuvo enorme. Ahí están centenares de artículos para mostrarla. [...] Lo característico de casi todos los hombres del 98 es que los graves sucesos de aquel año no influyeron sobre sus ideas ni sobre su conducta. (MAEZTU, apud FLORES, 1999)

¿Cómo es posible, podríamos preguntarnos, que incluso negándolo algunos de sus miembros la crítica literaria haya concluido – con amplio consenso – que sí existió una Generación del 98? Para entender esta paradoja, es preciso analizar el propio **concepto de generación literaria**, que trasciende la mera coincidencia en el tiempo de un grupo de autores con cierta afinidad estilística o de pensamiento.

La teoría sobre las generaciones literarias fue desarrollada por el germanista **Julius Petersen** a partir de 1930. Para Petersen (apud FOX, 1989), una generación literaria y sus integrantes presentan las siguientes características:

- proximidad de fechas de nacimiento;
- coincidencia o comunidad de formación;
- relaciones personales entre los hombres de la generación;
- circunstancias vitales semejantes o un acontecimiento o experiencia generacional;
- existencia de un caudillaje;
- anquilosamiento de la generación anterior; y
- un lenguaje generacional.

Hay coincidencia en que la Generación del 98 reunía suficientes de esos rasgos para ser considerada como tal. Así lo consideraba, por ejemplo, el poeta **Pedro Salinas**, integrante él mismo de otra generación clave en la literatura española, la del 27, a la que dedicaremos una de nuestras próximas clases. Tanto en sus cursos universitarios



Fig. 02

como en un breve artículo publicado en 1935, Salinas defendió la existencia de una generación literaria compuesta por **Unamuno, Baroja, Azorín, Maeztu** y los dramaturgos **Jacinto Benavente** y **Ramón del Valle-Inclán**: todos habían nacido en la misma época; se reunían en tertulias y colaboraban juntos en algunos periódicos; se agruparon, tras el desastre del 98, para concentrarse intelectualmente en el problema de su generación: la decadencia de España; su guía espiritual sería, según Salinas, el filósofo alemán Friedrich Nietzsche y su lenguaje generacional, el modernismo.

Esa atribución de un lenguaje modernista a los hombres del 98 resultó bastante problemática, dado que, como veremos más adelante, el modernismo se caracterizó por su preciosismo formal, mientras que el estilo de la Generación del 98 fue sencillo y directo. Salinas reconocería esas diferencias en otro estudio de 1938, pero insistiría en la existencia de la Generación del 98, que de hecho fue aceptada por el grueso de la comunidad científica y pasó a formar parte de los manuales sobre literatura española.

Rodríguez Cacho (2009) también se hace eco de la controversia sobre la existencia o no de una generación literaria del 98, además de señalar que los estudios más recientes han minimizado el impacto que el desastre colonial tuvo sobre los autores de la época. Pero señala que "ello no invalida el estudio de la ideología y de la estética 'noventayochistas' como resultado de aquella sensación general de decadencia y declive, y de la preocupación por sus causas" (RODRÍGUEZ CACHO, 2009, p. 219). La autora destaca también que los autores clave de la Generación del 98 – Unamuno, Baroja, Maeztu y Azorín – comparten algunas críticas recurrentes al pueblo español, al que consideran responsable del "problema de España":

Todos reprochan la falta de conciencia colectiva y de conciencia histórica, el vivir en la "caverna del tradicionalismo", amparados en sueños de grandeza [...], y una serie de defectos nacionales que ya en parte venían repitiéndose desde el siglo XVI, y más aún desde los manifiestos reformistas de los 'ilustrados': la indolencia o abulia, la falta de curiosidad intelectual, la 'miseria espiritual', la resignación en vez de espíritu de lucha, etc. [...] No se olvide que muchos de los argumentos atribuidos a los intelectuales del 98 pueden encontrarse ya en páginas de Cadalso, Jovellanos, y especialmente en las de Larra, auténtica fuente de inspiración para todos ellos. (RODRÍGUEZ CACHO, 2009, pp. 219-220).

Para Rodríguez Cacho, las primeras décadas del siglo XX supusieron para la literatura española una auténtica **Edad de Plata** – alusión a la Edad de Oro de los siglos XVI y XVII –, por la concentración en ese periodo no solo de excelsos creadores en el ámbito literario, sino también de pensadores de gran estatura intelectual.

Miembros de la Generación del 98

Si la propia existencia de una Generación del 98 fue cuestionada, no es de extrañar que la nómina de los autores que la compondrían sea igualmente objeto de discusión. Existe, sin embargo, cierto consenso. Como señalan Cabrales y Hernández, suele considerarse precursor del grupo al diplomático granadino **Ángel Ganivet** (1865-1898), que murió justamente en el año del desastre. Ganivet escribió ensayos sobre los males de España

entre los que destaca el *Idearium español*, publicado en el año de su muerte. Con Ganivet como precursor, el núcleo central de la generación estaría compuesto por **Pío Baroja**, **Azorín** y **Ramiro de Maeztu**, conocidos como el grupo de los tres. Juntos publicaron un manifiesto en 1901 en el que denunciaban el clima de descomposición espiritual de España y abogaban por la regeneración del país a través de reformas estructurales. Su iniciativa no tuvo el eco esperado y el grupo se disgregó, siguiendo cada uno de sus miembros trayectorias ideológicas dispares: Baroja continuaría siendo, por encima de todo, inconformista y opuesto al tradicionalismo, mientras que Azorín y Maeztu abandonaron sus ideas izquierdistas de juventud para acabar integrados en las élites conservadoras. Azorín fue un conservador moderado, pero Maeztu evolucionó hasta posiciones ultracatólicas y de extrema derecha. El primero consiguió escapar del Madrid ocupado por los defensores de la República y refugiarse en Francia, desde donde volvería a España tras la guerra con la ayuda de la dictadura franquista. Maeztu, en cambio, fue detenido en Madrid por los milicianos republicanos y acabó siendo fusilado junto a otros prisioneros políticos.

Miembro fundamental de la Generación del 98 es el escritor y filósofo vasco **Miguel de Unamuno**, que como otros integrantes del grupo evolucionó desde el socialismo hasta posiciones conservadoras: en su caso, la decepción con los sucesivos gobiernos de la 2ª República (cuyo advenimiento en 1931 había celebrado con entusiasmo) le llevó a apoyar inicialmente el levantamiento militar que provocó la Guerra Civil – iniciada en julio de 1936 –, aunque acabaría enfrentándose dialécticamente a los militares sublevados. El choque entre Unamuno y los militares golpistas, uno de los capítulos más célebres de aquel periodo de la historia española, ocurrió con motivo de un acto celebrado el 12 de octubre de 1936 (que por entonces era el Día de la Raza y actualmente es el Día de la Hispanidad) en la Universidad de Salamanca, de la que Unamuno era rector. Tras un enfrentamiento verbal entre el filósofo y los militares, Unamuno pronunció una frase que pasaría a la historia: “Venceréis, porque tenéis sobrada fuerza bruta. Pero no convenceréis, porque para convencer hay que persuadir. Y para persuadir necesitaréis algo que os falta: razón y derecho en la lucha”. Como consecuencia del incidente, el ya anciano Unamuno pasó sus últimos días bajo arresto domiciliario en su casa de Salamanca, donde moriría el 31 de diciembre de 1936.

La nómina de autores del 98 se completa con el poeta **Antonio Machado**, de quien nos ocuparemos en la lección nueve, y con los dramaturgos **Ramón del Valle Inclán** y **Jacinto Benavente**, cuya obra estudiaremos en la lección once, dedicada al teatro en la primera mitad del siglo XX.

Características comunes

Antes de repasar brevemente la vida y la obra de los dos autores más importantes del grupo, Baroja y Unamuno, conoceremos los **rasgos generacionales** que les unieron a todos, recogidos por Cabrales y Hernández (2009):

- **El tema religioso:** aunque la mayoría de estos autores no eran creyentes en el sentido tradicional, sí manifestaron preocupación por el tema religioso – especialmente Unamuno –, así como por asuntos trascendentales como el sentido de la vida o el

destino del hombre tras la muerte. Admiraron la fe de las personas humildes, pero criticaron las posiciones retrógradas de la Iglesia católica.

- **Preocupación filosófica:** distanciándose de los escritores realistas de finales del XIX, los hombres del 98 no creían posible explicar la complejidad de la existencia humana únicamente desde la razón, por lo que se interesaron vivamente por el irracionalismo de filósofos como Nietzsche, Schopenhauer o Kierkegaard.

- **Lenguaje natural:** frente al artificio del lenguaje modernista, del que fueron coetáneos, los autores del grupo cultivaron una lengua sencilla y directa, con sintaxis corta y predilección por el léxico tradicional del entorno rural.

- España como tema central: el principal punto en común entre los integrantes de la Generación del 98 fue, como ya adelantamos, la preocupación sobre España, que se manifestó en distintos niveles:

- **Crítica a la sociedad española** de la época, y muy especialmente a sus élites gobernantes.
- Admiración ante la belleza de los pequeños **pueblos** y de los **paisajes rurales**, aunque con críticas al atraso del campo español.
- Atención especial a las tierras de **Castilla** como esencia y síntesis de la nación española.
- **Visión crítica de la historia de España** y reivindicación del concepto de intrahistoria, los pequeños sucesos del día a día que se desarrollan ajenos a los grandes acontecimientos históricos.
- **Nostalgia de la tradición medieval**, con especial admiración por El Quijote.

La novela en la Generación del 98: Pío Baroja

Pío Baroja (1872-1956) no solo fue el mejor novelista de su generación, sino que, como señalan Cabrales y Hernández (2009), es **uno de los narradores más importantes en la historia de la literatura española**, a la altura de Miguel de Cervantes y Benito Pérez Galdós. Nacido en San Sebastián (País Vasco) en el seno de una familia relacionada con el periodismo y la imprenta, Baroja se caracterizó por una sólida formación intelectual y por un carácter **individualista, pesimista e introspectivo**, del que es buena muestra su admiración por la filosofía del alemán Arthur Schopenhauer. Fue más un **hombre de pensamiento** que de acción, además de un personaje independiente, iconoclasta y con fama de solitario.

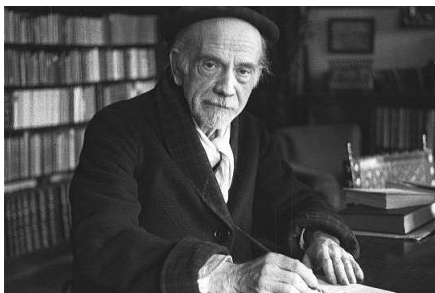


Fig. 03

Baroja se graduó en **Medicina** y llegó a ejercer la profesión antes de incorporarse al negocio de panadería que su familia regentaba en Madrid. Acabaría, sin embargo, dedicándose por completo a la literatura, hasta convertirse en uno de los autores más prolíficos

de las letras españolas, con más de un centenar de relatos publicados. No apoyó la 2ª República e incluso llegó a simpatizar con el fascismo, pero su agnosticismo (que muchos señalaron como ateísmo) y sus críticas a los valores tradicionales le obligaron a huir de España durante la Guerra Civil, ante el peligro de represalias por parte de los militares alzados contra el Gobierno republicano (Baroja llegó a ser encarcelado durante un día al inicio de la contienda). Volvió a España tras el fin de la guerra y continuó su carrera literaria, aunque se mantuvo alejado de la vida pública. Pese a su condición de vasco – y pese al auge de los nacionalismos vasco y catalán durante las primeras décadas del siglo XX –, Baroja siempre se sintió español y abogó por un acercamiento entre el País Vasco y el resto de España. Falleció en su casa de Madrid en 1956 y, para escándalo de las élites franquistas y de la conservadora sociedad de la época, fue enterrado por voluntad propia en el cementerio civil, como correspondía a un agnóstico.

La **obra literaria** de Pío Baroja estuvo centrada en la **narrativa**, y más específicamente en la **novela**, que cultivó en la variante que él mismo denominaba “de argumento disperso” (RODRÍGUEZ CACHO, 2009, p. 264). Como explica Rodríguez Cacho, la concepción que el autor tenía de la novela respondía a sus propios planteamientos vitales:

En sus muchas consideraciones teóricas, Baroja demostró entenderla [la novela] ante todo como un género abierto a posibilidades infinitas, y despreocupado siempre de las tramas argumentales perfectamente trazadas de antemano. Si algo percibía como esencialmente falso de la novela del siglo XIX era la estructura coherente dirigida hacia un final cerrado, puesto que para él las grandes novelas eran siempre las desordenadas. [...] Baroja no parece creer en soluciones filosóficas, políticas o sentimentales que den respuesta a problemas generales. Sus historias muestran así cierto halo de irracionalismo, una presencia de fuerzas ciegas que se entrecruzan y chocan. [...] Detrás de eso estaba su consideración de la vida del hombre como un simple hecho biológico sin consecuencias, no dirigido hacia ningún fin preciso y, por tanto, sin un sentido trascendente. (RODRÍGUEZ CACHO, 2009, pp. 263-264)

En esa descripción reconocemos al Baroja pesimista y agnóstico que difícilmente podía ilusionarse con supuestas soluciones definitivas para los problemas de la humanidad. De ahí que pese a su acercamiento al anarquismo en la juventud y al fascismo en su madurez, el autor acabara renegando de cualquier extremismo y recogiendo en su propia individualidad.

En lo que respecta a la **composición** y el **estilo** de sus novelas, Cabrales y Hernández (2009) destacan los siguientes rasgos:

- Baroja suele centrar sus novelas en un **personaje principal**, que en ocasiones es una clara proyección del propio autor: un hombre culto y reflexivo que mantiene una relación conflictiva con la sociedad en la que vive, mezquina y atrasada. Es el caso de Andrés Hurtado, el joven médico que protagoniza *El árbol de la ciencia* (1911), novela casi autobiográfica.

- La **acción** y el **diálogo** son abundantes, lo que permite a Baroja exponer varias **visiones del mundo**. Uno de los ejemplos más vívidos de la función del diálogo en la obra de Baroja se encuentra precisamente en *El árbol de la ciencia*, cuyas dos partes están

separadas por una larga conversación del joven protagonista con su tío, el también médico Iturrioz, en la que discuten profundas cuestiones de filosofía, ciencia y religión.

- En la obra de Baroja se hace patente con frecuencia la **presencia implícita del autor**, que expresa sus ideas políticas, filosóficas y literarias.

- Abundan las **descripciones impresionistas** de los personajes, basadas en unos pocos rasgos físicos y psicológicos, muy lejos de las minuciosas descripciones de la novela realista del XIX. Encontramos un ejemplo, una vez más, en *El árbol de la ciencia*:

El médico de la sala, amigo de Julio, era un vejete ridículo, con unas largas patillas blancas. El hombre, aunque no sabía gran cosa, quería darse aire de catedrático, lo cual a nadie podía parecer un crimen; lo miserable, lo canallesco era que trataba con una crueldad inútil a aquellas desdichadas acogidas allí y las maltrataba de palabra y de obra. (BAROJA, 1911, p. 25)

- El **lenguaje** de Baroja es **natural, simple, directo** y de gran economía expresiva. Su estilo antepone la exactitud y la claridad como valores fundamentales.

Baroja solía dividir sus obras – a veces de forma un tanto arbitraria – en **trilogías y tetralogías**, es decir, conjuntos de tres o cuatro novelas con un tema común. Es así como están organizadas algunas de sus obras más conocidas:

- La lucha por la vida: trilogía ambientada en Madrid con las novelas *La busca*, *Mala hierba* y *Aurora roja*, todas de 1904.

- Las ciudades: grandes capitales como Londres, Roma o París, que Baroja conoció personalmente, son las protagonistas de las obras *César o nada* (1910), *El mundo es así* (1912) y *La sensualidad pervertida* (1920).

- Tierra vasca: tetralogía dedicada al País Vasco, con las obras *La casa de Aizgorri* (1900), *El mayorazgo de Labraz* (1902), *Zalacaín el aventurero* (1909) y *La leyenda de Jaun de Alzate* (1922).

- El mar: tetralogía sobre la vida en el mar, asunto de gran importancia en el día a día del País Vasco, compuesta por *Las inquietudes de Shanti Andía* (1911), *El laberinto de las sirenas* (1923), *Los pilotos de altura* (1931) y *La estrella del capitán Chimista* (1930).

- La raza: trilogía sobre España formada por *El árbol de la ciencia* (1911), *La dama errante* (1908) y *La ciudad de la niebla* (1909).

Aunque el estilo de Baroja, como hemos visto, se diferencia claramente del de los autores realistas que estudiamos en la lección anterior, es lógico que los **temas** sean coincidentes en algunos casos: no en vano compartía con ellos no pocas de las **opiniones críticas** sobre la sociedad española. Podemos apreciarlo, por ejemplo, en su dura descripción de la pequeña población de Alcolea del Campo, a la que se traslada el médico protagonista de *El árbol de la ciencia* para ejercer su profesión. Si bien no existe en España ninguna población real con ese nombre, Alcolea del Campo simboliza el atraso, el aburrimiento y la mentalidad conservadora y caciquil de muchas localidades de la España de la época, rasgos que ya habían sido expuestos por Leopoldo Alas

“Clarín” en *La Regenta* y por Pérez Galdós en *Doña Perfecta*:

Las costumbres de Alcolea eran españolas puras, es decir, de un absurdo completo. El pueblo no tenía el menor sentido social; las familias se metían en sus casas, como los trogloditas en su cueva. No había solidaridad; nadie sabía ni podía utilizar la fuerza de la asociación. Los hombres iban al trabajo y a veces al casino. Las mujeres no salían más que los domingos a misa [...]; cada ciudadano de Alcolea se sentía tan separado del vecino como de un extranjero. No tenían una cultura común (no la tenían de ninguna clase); no participaban de admiraciones comunes: sólo el hábito, la rutina les unía; en el fondo, todos eran extraños a todos. Muchas veces a Hurtado le parecía Alcolea una ciudad en estado de sitio. El sitiador era la moral, la moral católica. Allí no había nada que no estuviera almacenado y recogido: las mujeres en sus casas, el dinero en las carpetas, el vino en las tinajas. (BAROJA, 1911, p. 82)

No todo fue introspección, reflexión filosófica y descripción del atraso español en la obra de Baroja. Su trilogía dedicada al mar, por ejemplo, en la que destaca *Las inquietudes de Shanti Andía* (1911), está presidida por la **aventura** y la **acción**. Baroja se interesó también por la **novela histórica**, como muestran los 22 volúmenes de *Memorias de un hombre de acción*, publicados entre 1913 y 1935. La obra revisa los principales acontecimientos de la primera mitad del XIX a través de las memorias de un supuesto antepasado del autor, el conspirador y aventurero liberal Eugenio de Aviraneta.

Aunque cultivó también la poesía, el teatro y el ensayo, Baroja fue ante todo novelista. Y aunque **Miguel de Unamuno**, el intelectual por antonomasia de la Generación del 98, cultivó la novela y reivindicó su condición de poeta, su pensamiento complejo y sus profundas preocupaciones existenciales encontraron su mejor vehículo en el ensayo.

El ensayo en el 98: Miguel de Unamuno

Nacido en Bilbao (País Vasco) en 1864, Unamuno se trasladó muy joven a Madrid para estudiar Filosofía y Letras, carrera en la que obtuvo el doctorado con apenas veinte años de edad. Su trayectoria académica estuvo vinculada siempre a la Universidad de Salamanca, de la que llegaría a ser rector en tres ocasiones, la primera a los 36 años. Fue militante socialista en su juventud y sufrió represalias políticas por su oposición a la dictadura del general Primo de Rivera (1923-1930), que como hemos dicho llegó al poder mediante un golpe de Estado bendecido por el rey Alfonso XIII. Tras varios meses de destierro en las Islas Canarias, Unamuno se exilió voluntariamente a Francia, regresando a España tras la caída del dictador en 1930. Fue uno de los defensores más entusiastas de la 2ª República y participó en ella como diputado, pero se decepcionó progresivamente con el nuevo régimen político. Jubilado en 1934 y nombrado rector vitalicio de la Universidad de Salamanca a título honorífico, en 1936 apoyó inicialmente a los militares golpistas, de los que acabaría renegando en el célebre episodio que hemos narrado algunas páginas atrás.

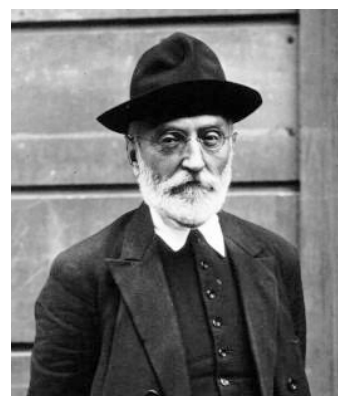


Fig. 04

Al igual que Baroja, Unamuno fue un vasco **profundamente español**, por lo que chocó frontalmente con los nacionalistas de su tierra de origen. Como pudimos comprobar

en los textos con los que abrimos la lección, la gran pasión nacional de Unamuno fue de hecho **Castilla**, a la que consideraba esencia del ser español. La **religión** fue también un asunto central para el filósofo, que se debatió siempre entre la **razón** y la **fe cristiana**, aunque nunca simpatizó con el conservadurismo de la Iglesia católica española.

Antes hicimos referencia a la **intrahistoria**, la historia privada y anónima de los individuos, como una de las preocupaciones fundamentales de la Generación del 98. Sobre ese concepto de intrahistoria nos dejó Unamuno la siguiente reflexión:

Las olas de la Historia, con su rumor y su espuma que reverbera al sol, ruedan sobre un mar continuo, hondo, inmensamente más hondo que la capa que ondula sobre un mar silencioso y a cuyo último fondo nunca llega el sol. Todo lo que cuentan a diario los periódicos, la historia toda del "presente momento histórico", no es sino la superficie del mar, una superficie que se hiela y cristaliza en los libros y registros, y una vez cristalizada así, una capa dura no mayor con respecto a la vida intrahistórica que esta pobre corteza en que vivimos con relación al inmenso foco ardiente que lleva dentro. Los periódicos nada dicen de la vida silenciosa de los millones de hombres sin historia que a todas horas del día y en todos los países del globo se levantan a una orden del sol y van a sus campos a proseguir la oscura y silenciosa labor cotidiana y eterna, esa labor que como la de las madreporas suboceánicas echa las bases sobre las que se alzan islotes de la historia. Sobre el silencio augusto, decía, se apoya y vive el sonido; sobre la inmensa humanidad silenciosa se levantan los que meten bulla en la historia. Esa vida intrahistórica, silenciosa y continua como el fondo mismo del mar, es la sustancia del progreso, la verdadera tradición, la tradición eterna, no la tradición mentira que se suele ir a buscar al pasado enterrado en libros y papeles, y monumentos, y piedras. (UNAMUNO, Apud MARGENOT, 2009)

La obra ensayística de Unamuno encuentra uno de sus asuntos principales en el **casticismo castellano** como formador del espíritu español, desde un **tradicionalismo** totalmente opuesto al pensamiento de Baroja. El ensayo más célebre del autor es precisamente **En torno al casticismo** (1895), una obra que algunos críticos consideran el gran manifiesto de la Generación del 98. Como explica Rodríguez Cacho,

Desde la convicción de que los vaivenes y cambios históricos son siempre superficiales e inestables, mientras que es la vida cotidiana y callada de los pueblos lo que verdaderamente informa de su permanente esencia, su 'tradición eterna', pasa Unamuno a identificar esa supuesta 'casta' española con Castilla, entendiendo que fue ella el germen de la formación de la nación española. Con ello estaba sentando las bases teóricas del que será, sin duda, el gran tema 'noventayochista': el paisaje castellano como impulsor de la reflexión histórica. (RODRÍGUEZ CACHO, 2009, pp. 228-229)

La otra gran preocupación de Unamuno, la **angustia existencial** provocada por el equilibrio entre razón y fe, fue el asunto central de sus dos ensayos de mayor profundidad filosófica: *Del sentimiento trágico de la vida* (1913) y *La agonía del cristianismo* (1925). De su **obra narrativa** destacan especialmente *Niebla* (1914), en la que reflexiona nuevamente sobre el sentido de la existencia, y *San Manuel Bueno, mártir* (1930), que expresa su fe religiosa entreverada de escepticismo. Concluiremos nuestra aproximación a la figura de Unamuno con un fragmento de *Del sentimiento trágico de la vida* en el que vemos su eterno debate entre racionalismo y espiritualidad:

Cúmplenos decir, ante todo, que la filosofía se acuesta más a la poesía que no a la ciencia. [...] Y es que las ciencias, importándonos tanto y siendo indispensables para nuestra vida y nuestro pensamiento, nos son, en cierto sentido, más extrañas que la filosofía. Cumplen un fin más objetivo, es decir, más fuera de nosotros. Son, en el fondo, cosa de economía. Un nuevo descubrimiento científico, de los que llamamos

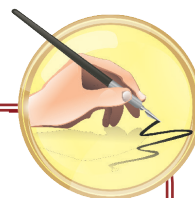
teóricos, es como un descubrimiento mecánico; el de la máquina de vapor, el teléfono, el fonógrafo, el aeroplano, una cosa que sirve para algo. Así, el teléfono puede servirnos para comunicarnos a distancia con la mujer amada. ¿Pero esta para qué nos sirve? Toma uno el tranvía eléctrico para ir a oír una ópera; y se pregunta: ¿cuál es, en este caso, más útil, el tranvía o la ópera?

La filosofía responde a la necesidad de formarnos una concepción unitaria y total del mundo y de la vida, y como consecuencia de esa concepción, un sentimiento que engendre una actitud íntima y hasta una acción. Pero resulta que ese sentimiento, en vez de ser consecuencia de aquella concepción, es causa de ella. Nuestra filosofía, esto es, nuestro modo de comprender o de no comprender el mundo y la vida, brota de nuestro sentimiento respecto a la vida misma. Y esta, como todo lo afectivo, tiene raíces subconscientes, inconscientes tal vez.

[...]

El hombre, dicen, es un animal racional. No sé por qué no se haya dicho que es un animal afectivo o sentimental. Y acaso lo que de los demás animales le diferencia sea más el sentimiento que no la razón. Más veces he visto razonar a un gato que no reír o llorar. Acaso llore o ría por dentro, pero por dentro acaso también el cangrejo resuelva ecuaciones de segundo grado (UNAMUNO, 1913, s/p).

Manos a la obra



Antes de encarar el tramo final de la lección, repasaremos lo que hemos visto hasta aquí con algunas preguntas:

1- ¿Qué entendemos por una *generación* en el ámbito de la literatura?

2- ¿Cuáles son los principales rasgos comunes de los autores de la Generación del 98?

Rubén Darío y el Modernismo

Como señalan Cabrales y Hernández (2009), el cambio de siglo estuvo marcado por el **pesimismo** y el **desencanto** no solo en España, sino en el conjunto de Europa, en un escenario, nuevamente, de **movimiento pendular**: tras el auge del positivismo y del racionalismo en la segunda mitad del XIX, con el consiguiente encumbramiento de la novela realista, el siglo XX se inició con una progresiva desconfianza en la ciencia, en el racionalismo y en el progreso material. Florecieron las teorías irracionalistas, se recuperó la **exaltación del sentimiento** propia del Romanticismo y la **evasión** volvió a estar a la orden del día en la literatura.



Fig. 05

Es en ese contexto en el que nace en Hispanoamérica el **movimiento modernista**, “primera aportación genuinamente americana a la literatura universal” (CABRALES; HERNÁNDEZ, 2009, p. 61). Su máximo representante fue el poeta nicaragüense **Rubén Darío** (1867-1916), cuya obra *Azul...* (1888) desató en la poesía española una renovación que, como apuntan Cabrales y Hernández, muchos equiparan a la que supuso Garcilaso de la Vega para la poesía del Renacimiento. En la base del Modernismo estaba la fuerte influencia de dos escuelas poéticas francesas de finales del XIX, el **Parnasianismo** y el **Simbolismo**. Cabrales y Hernández nos aproximan a estas dos corrientes:

El Parnasianismo buscaba en el arte belleza, disciplina, equilibrio y rigor formal. De ahí procede la afición modernista por el verso brillante, bien construido, y la equiparación del poema a una estatua de perfección clásica [...]. Al simbolismo – vertiente poética del impresionismo pictórico – perteneció Paul Verlaine, venerado por Darío como su principal maestro. Para los simbolistas, la poesía debe estar presidida por la musicalidad y el intimismo, pero valiéndose de la sugerencia a través de símbolos bien escogidos, y evitando las declaraciones explícitas y vehementes por parte del poeta, al estilo de los románticos. (CABRALES; HERNÁNDEZ, 2009, p. 61)

Frente al realismo, el Modernismo tenía como valores principales la **búsqueda de la belleza** y la **evasión** de una realidad cotidiana decadente, rasgo que lo alejaba de forma obvia de la Generación del 98, cuyos autores se preocupaban precisamente con esa realidad decadente. Sin embargo, y como señala Rodríguez Cacho, la supuesta oposición entre escritores noventayochistas y modernistas está superada en la actualidad:

Hoy está suficientemente probado que los escritores de aquel periodo no formaron en filas absolutamente contrarias, sino que en su mayoría dieron muestra de mezclar posturas aparentemente contradictorias: se podía ser ‘tradicionalista’ y ‘modernista’ – el progreso no fue nunca la gran preocupación del Modernismo –, o ‘nacionalista’ y ‘cosmopolita’ al mismo tiempo, etc. (RODRÍGUEZ CACHO, 2009, p. 224)

Admirado por los principales poetas jóvenes del momento, entre ellos figuras tan relevantes como **Antonio Machado** y **Juan Ramón Jiménez**, Darío tuvo una enorme influencia sobre la poesía española, cuyo lenguaje renovó profundamente. Cabrales y Hernández (2009) explican las principales características del Modernismo a partir de sus temas, su lenguaje y la métrica utilizada:

- Por lo que respecta a los **temas** de la poesía modernista, destacan las ambientaciones alejadas de lo cotidiano, como la Grecia clásica, la Edad Media o las culturas indígenas americanas precolombinas. El erotismo fue también asunto central del Modernismo, que exaltó la figura del creador como depositario del supremo ideal de la búsqueda de la belleza.

- El **lenguaje** modernista se caracterizó por los cultismos, la adjetivación brillante, colorista y sensorial y las metáforas embellecedoras.

- La **métrica** de la poesía modernista recuperó el verso alejandrino medieval y el dodecasílabo, además de modificar estrofas tradicionales como el soneto.

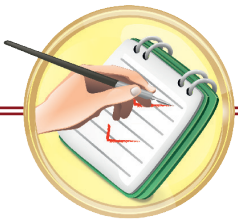
Poco se sabe sobre la infancia y la juventud del nicaragüense Rubén Darío – cuyo nombre real era Félix Rubén García Sarmiento –, salvo su precoz vocación poética y la humildad de su familia. Viajó a España por primera vez en 1892, como miembro de una delegación de su país invitada a las celebraciones por el cuarto centenario del descubrimiento de América. Para entonces ya era conocido y admirado en la península – principalmente por *Azul...*, en la que combinaba cuentos en prosa y poemas –, pero pasarían algunos años antes de que el poeta fijase su residencia en suelo español. Fue en 1898 cuando, a los 31 años, Darío llegó a Madrid como corresponsal del periódico argentino *La Nación*. Tras residir algún tiempo en la capital española pasó a vivir en París – Francia no dejaba de ser la cuna de los poetas que más le habían influido – y alternó esa ciudad con Madrid, donde llegó a ser embajador, hasta su retorno definitivo a América tras el estallido de la 1ª Guerra Mundial en 1914. Fallecería en 1916 en León, la población nicaragüense en la que había pasado su infancia, dejando como obras más significativas la ya mencionada *Azul...* (1888), considerada como el punto de partida del movimiento modernista americano, y *Cantos de vida y esperanza, los cisnes y otros poemas* (1905), obra de madurez publicada durante su estancia en Madrid.

Rubén Darío recibió la admiración de la mayoría de sus coetáneos, entre ellos miembros destacados de la Generación del 98 como Machado o Valle-Inclán, y tuvo además como cuidador de su obra a un joven Juan Ramón Jiménez. Sin embargo, los españolísimos Baroja y Unamuno guardaron siempre las distancias con el joven prodigio americano.



¡Ya sé!

En esta lección nos hemos acercado a los dos principales fenómenos literarios de la España de principios del siglo XX: la Generación del 98, en la que destacaron especialmente Pío Baroja como novelista y Miguel de Unamuno como ensayista, y el Modernismo, movimiento literario de origen hispanoamericano introducido en España por el nicaragüense Rubén Darío. Ahora ya sabes que la gran preocupación de los escritores del 98 fue España, a la que se acercaron con amor y, al mismo tiempo, con tristeza y pesimismo ante su atraso y decadencia. Hemos visto que el acontecimiento histórico que marcó a esta generación de autores fue la pérdida de las colonias de Cuba, Filipinas y Puerto Rico tras la guerra hispano-estadounidense de 1898, lo que se conoció como "el desastre del 98". A pesar de sus personalidades y trayectorias ideológicas dispares, existe un consenso en agrupar a nombres como Azorín, Baroja, Maeztu, Unamuno, Machado y Valle-Inclán en una misma generación literaria, concepto que hemos conocido en esta lección. Hemos estudiado también el movimiento modernista, primera aportación genuinamente hispanoamericana a la literatura universal, que tuvo en el poeta nicaragüense Rubén Darío a su máximo representante. El Modernismo, pese a no ser una estética enfrentada a la de los autores del 98, se diferencia de estos en su voluntad de escapismo ante la realidad y en colocar la búsqueda de la belleza como ideal literario.



Autoevaluación

Para concluir esta lección te proponemos dos lecturas. Por un lado, una de las obras más conocidas de Pío Baroja, a la que hemos hecho referencia en varias ocasiones: *El árbol de la ciencia*. En ella podrás comprobar tus conocimientos no solo sobre este autor, sino sobre los principales rasgos de la Generación del 98: sus preocupaciones filosóficas, el lenguaje sencillo y directo, las críticas a los males de España... En segundo lugar, te sugerimos la lectura del que tal vez sea el poema más conocido de Rubén Darío, *Sonatina*, en el que podrás reconocer las principales características del Modernismo. Encontrarás ambas obras en la carpeta de materiales complementarios.



BAROJA, Pío. **El árbol de la ciencia**. Madrid: Ediciones Castilla, 1973.

CABRALES, José Manuel; HERNÁNDEZ, Guillermo. **Literatura española y latinoamericana II. Del Romanticismo a la actualidad**. Madrid: SGEL, 2009.

CASANOVA, Julián; GIL ANDRÉS, Carlos. **Breve historia de España en el siglo XX**. Barcelona: Ariel, 2012.

FLORES, María José. **Ramiro de Maeztu y la crisis de fin de siglo**. *Acti del XVIII Convegno [Associazione Ispanisti Italiani]*: Siena, 5-7 marzo 1998, Vol. 1, pp. 305-320, 1999.

FOX, E. Innman. **El concepto de la 'Generación de 1898' y la historiografía literaria**. Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, pp. 1761-1770, 1989.

MARGENOT, Maricarmen R. **Intrahistoria en Unamuno e intratiempo en Machado**. *Espéculo: Revista de estudios literarios*, n. 42, 2009. Disponible en: <http://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero42/intrahis.html>. Accedido el 13 de junio de 2013.

RODRÍGUEZ CACHO, Lina. **Manual de historia de la literatura española 2: siglos XVIII al XX [hasta 1975]**. Madrid: Castalia, 2009, 2 vols.

UNAMUNO, Miguel de. **Del sentimiento trágico de la vida**, 1913. Disponible en: <http://www.portalentretextos.com.br/livros-online-dw.html?id=35>. Accedido el 12 de junio de 2013.

Lista de Figuras

Fig. 1: http://www.kalipedia.com/historia-espanola/tema/edad-contemporanea/crisis-98.html?x=20070712klphishes_266.Kes&ap=1

Fig. 2: <http://dandolalengua.blogspot.com.br/2013/04/la-generacion-del-98.html>

Fig. 3: http://www.spainisculture.com/en/artistas_creadores/pio_baroja.html

Fig. 4: http://commons.wikimedia.org/wiki/File:Miguel_de_Unamuno_1925.jpg

Fig. 5: [http://commons.wikimedia.org/wiki/File:Ruben_Dario_\(1915\)_cropped.jpg](http://commons.wikimedia.org/wiki/File:Ruben_Dario_(1915)_cropped.jpg)